

LA PARROQUIA EN LA CIUDAD DE HOY

Félix Pastor Pineiro, S. J.
Frankfurt am Main (Alemania).

Presentamos a nuestros lectores la condensación de un artículo del P. Pastor Pineiro, aparecido en la revista "Hechos y Dichos" sobre este interesante tema de pastoral. (1)

"Para comprender en sus exactas dimensiones el problema pastoral de la parroquia es preciso partir de una visión teológica de la situación de la parroquia dentro de la diócesis y de la diócesis en el espacio de la Iglesia".

Principios para una teología de la parroquia.

1º No existe más que una Iglesia, en cuyo espacio sacral entra el bautizado, y esa es la Iglesia universal. Por eso son los obispos, juntamente con el Papa, los Pastores de la Iglesia católica y los corresponsables de la evangelización del mundo. Dentro de esta Iglesia vive la

diócesis, que es la Iglesia particular, regida por un sucesor de los Apóstoles. Este asegura a su cristiandad la verdad infalible.

2º Nunca estará la parroquia con respecto a su diócesis en la misma relación en que esta se encuentra con respecto a la Iglesia universal. Los obispos nunca serán el Ordo Presbyterorum del Papa, como tampoco, se podrá hacer de simples sacerdotes el episcopus de su propia parroquia.

3º Así como la Iglesia universal está esencialmente vuelta hacia Dios y también hacia los hombres y es por eso mismo a un tiempo "eucarística" y "misionera", así también debe serlo la diócesis, por ser ella la Iglesia particular. Por eso existen dentro de la diócesis instituciones que atienden a ambos polos de la actividad de la Iglesia. Como esas instituciones subordinadas no son de derecho divino, ya se ve a priori que pueden adoptar formas muy variadas.

4º Entre estas instituciones que no son de derecho divino está la parroquia territorial, a la que estamos acostumbrados, pero que no existió en absoluto en la Iglesia antigua.

(1) Véase "Hechos y Dichos", Zaragoza, Febrero de 1964, págs. 197 a 204. Sobre el mismo tema pueden consultarse: RAHNER, Hugo, "La parroquia de la teoría a la práctica", S. Sebastián, Edit. DINOR, 1961; BERTRAMS, Johannes, "El Apostolado en las grandes ciudades", en la revista "Geist und Leben", etc.

LA INICIATIVA PRIVADA

que el Estado deba abstenerse de toda intervención en el campo económico, y el socialismo va abandonando posiciones hasta hace poco características. Si al parecer se vislumbra la posibilidad de algún resurgimiento político de los socialistas en Europa, junto al retroceso que ha venido experimentando los últimos lustros, esto se ha hecho posible en la medida en que ha ido renunciando a sus objetivos socialistas clásicos en el terreno económico-social.

Sin embargo, a pesar de este acercamiento, nos encontramos ante un problema que muy posiblemente se planteará a la sociedad de todos los tiempos. La tensión representada en el binomio Estado-individuo, libertad-autoridad, existirá mientras el hombre egoísta tenga que vivir en sociedad. No creemos estar muy alejados de la realidad si afirmamos que hoy constituye el problema más importante de la Filosofía Social.

d) Colaboración de todos hacia el bien común.

Lejos de la tendencia socializante, y sin ser partidaria tampoco del liberalismo económico,

aunque algunos textos parciales parezcan favorecer tanto a una tendencia como a otra, la "Mater et Magistra" nos presenta las directrices para la solución de este problema central y difícil: sentido auténtico del bien común y colaboración de todos para su consecución.

"Se requiere que en los hombres investidos de autoridad pública presida y gobierne una sana concepción del bien común, concepción que se concreta en el conjunto de las condiciones sociales que permiten y favorecen, en los seres humanos, el desarrollo integral de su persona..." (nº 65) Y por lo que se refiere al tema que nos ocupa "la misma evolución histórica pone de relieve, cada vez con mayor claridad que no se puede conservar una convivencia ordenada y fecunda, sin la aportación en el campo económico tanto de los particulares como de los poderes públicos; aportación simultánea, concordemente realizada y proporcional a las exigencias del bien común en medio de las situaciones variables y de las alternativas humanas". (nº 56).

5º Persiguiendo históricamente la evolución de la institución parroquial, se descubre que no fue creada para cumplir una tarea principalmente misionera. La parroquia es el espacio en que se rescibe el bautismo y la eucaristía. Su misión eclesial es hacer visible la "comunidad de los santos", que viven en medio del mundo, pero sin ser del mundo. La parroquia es pues primordialmente, no una comunidad misionera, sino una comunidad "eucarística". Pero no puede prescindir del hecho de estar incorporada en una Iglesia que es esencialmente misionera, y no sólo en el plano de la Iglesia universal, sino también en el plano de la diócesis.

Cómo nació y cómo evolucionó la parroquia.

La Iglesia de los Apóstoles desarrolló una intensa actividad misionera. En ella aparecen apóstoles itinerantes como Pablo, "profetas" y catequistas como Apolo, obispos de tipo sedente como en las cristiandades de Juan. Y al mismo tiempo era la Iglesia que se reunía en las casas de los Cristianos para celebrar el culto espiritual de la Cena del Señor.

Después de las persecuciones y del edicto de Constantino, la Iglesia necesita organizarse para acoger a las muchedumbres de convertidos. Ya se hace imposible la reunión de todos los cristianos en un solo lugar con el obispo y el presbiterio. Numerosas familias patricias se convierten libertando, al bautizarse, a sus esclavos. En sus casas (sus "títulos") se celebra dominicalmente la Eucaristía. En ella mora un presbítero, ordenado con el fin de servir a ese título. Un baptisterio, una sala de reunión, un granero para la ayuda social: es todo lo que se necesita. Estos "títulos" no se repartían la ciudad territorialmente, sino que se acumulaban junto a los centros comerciales o deportivos, junto a las grandes vías y calzadas. Ellos acogían comunidades pequeñas, de amigos, de conocidos de siempre que juntos se habían convertido y juntos habían padecido por la fe. Pero estos títulos no absorbían toda la actividad de la diócesis, junto a ella funcionaban otras dos instituciones características de la Iglesia antigua: el catecumenado y la diaconía, en directa dependencia del obispo, pero con total independencia del título presbiteral. Sobre todas estas instituciones está el obispo: él es el único que participa del carisma "infallibilis veritatis", y por eso es también el único que predica en la Iglesia. En torno al obispo se congrega la Iglesia en las "Statio" penitenciales. El es el que, con el rito de la imposición de las manos, "confirma" la acción de incorporación en la Iglesia, que se inicia con el bautismo; o restituye a la plenitud de derechos al pecador penitente concediéndole la "Paz con la Iglesia", absolviendo así su pecado y admitiendo a ese mismo cristiano a la participación en la acción eucarística.

Durante muchos años, pues, fue únicamente el obispo el que celebró la Eucaristía asistido de su cuerpo presbiterial y durante mucho más tiempo continuó siendo el único que predicó y el único que absolvió y el único que "confirmó" en la Iglesia. El recorría periódicamente las aldeas circunvecinas para este fin. En ellas fueron constituyéndose grupos de cristianos entre los soldados de las guarniciones o entre los agricultores, un poco al margen del esplendor de la civilización antigua. Ellos fueron los primeros en dedicar antiguos templos paganos al culto cristiano. Así coexistieron durante varios tiempos los "templos" (en las regiones rurales) con los "títulos" presbiteriales y con las basílicas de la Iglesia urbana.

En el año 534, cuando los sitiadores bárbaros cortaron los acueductos de Roma, pudo escribirse que terminó para siempre la civilización antigua; con la ciudad desaparecen las termas, los circos, las basílicas y también el catecumenado, la diaconía y los "títulos". A una civilización urbana, basada sobre el comercio, sustituye una civilización rural, basada sobre la tierra, sobre el "feudo".

En esta civilización feudal nacen y se desarrollan nuevas instituciones. Las comunidades de labriegos, los monasterios, los señores feudales, los reyes, fundan iglesias, a las que los obispos conceden la facultad de bautizar, pero sobre las que disponen los que las fundaron, dejándolas en herencia o vendiéndolas o regalándolas. Este derecho de propiedad sobre las iglesias fundadas (no sólo sobre los oratorios sino sobre iglesias en que se podía bautizar, recibir la eucaristía, etc.), fue reconocido para todo el imperio por el Sínodo de Frankfurt, en 794, y fue confirmado por Carlomagno y por Ludovico Pio, por los Papas Eugenio II y León IV en los años siguientes (primera mitad del siglo IX).

Hereditaria directa de esta parroquia feudal y territorial, la parroquia post-tridentina continuó existiendo como institución indiscutida e indiscutible prácticamente hasta nuestro tiempo. Durante más de un milenio la institución parroquial se estructuró sobre el principio de la territorialidad. Pero este principio está siendo objeto de estudio en nuestros días al generalizarse en escala mundial un nuevo tipo de civilización: la civilización industrial de las grandes ciudades.

Inadaptación sociológica de la parroquia territorial a la civilización industrial y urbana.

Lo que caracteriza sobre todo a nuestras grandes ciudades modernas con relación a las aldeas y al campo es la gran movilidad, la especialización de las funciones básicas, el desarrollo de la libre iniciativa y finalmente el deseo de preservar la propia independencia. Unas

breves consideraciones sobre estos cuatro fenómenos nos permitirán comprender las consecuencias y efectos que de ellos se derivan para la vida religiosa del hombre de ciudad.

1ª El territorio en que el hombre vive deja de tener la importancia fundamental que tenía en el campo. El hombre de ciudad tiene que desplazarse para trabajar, para descansar, para hospitalizarse o para divertirse, para consultar a su abogado, su sindicato, etc. Incluso la misma casa en que vive deja de tener para él ese carácter de propiedad permanente y familiar. Con frecuencia cambia de residencia: un cambio en el trabajo, o en la situación económica, el número de hijos, la construcción de nuevos edificios son otros tantos factores que determinan una mudanza de domicilio. A su vez su desplazamiento permitirá que otros ocupen su lugar. Se ha calculado que en una ciudad moderna la construcción de 100 nuevos alojamientos provocaba 800 desplazamientos sucesivos. En una ciudad como Bruselas (de un millón de habitantes) se calculan por año 158.000 desplazamientos en el interior de su población. Y precisamente son los individuos de mayor iniciativa y empuje los que con mayor facilidad se desplazan, mientras que la población pasiva y anodina se estanca en el territorio de la parroquia; con lo cual la parroquia bien podría condenarse a tener que reclutar entre estos últimos sus elementos más "fieles".

2ª Para satisfacer las seis funciones básicas de toda vida social (funciones familiar, educativa, recreacional, económica, política, religiosa) bastan en una aldea un número muy pequeño de instituciones, y en la vida primitiva se bastan casi exclusivamente la familia, el clan o la tribu. Pero en la ciudad cada vez se multiplican más las instituciones que se proponen como meta el facilitar alguno de los aspectos de esas funciones (comercio, industrias, "clubs", sanatorios, parques, sindicatos, partidos, centros administrativos, salas de espectáculos y fiestas, cines, centros de educación, etc.). Cuanto más un individuo se integra en la vida urbana, tanto más deja de depender del elemento "territorio". El único modo de mantenerlo "integrado" (elemento de suma importancia para el cumplimiento religioso) es integrarlo en la ciudad como tal.

3ª La importancia que toma en la vida moderna el valor económico, provoca simultáneamente una valorización de todo lo que significa eficacia, iniciativa, planeamiento, triunfo, etc., es decir, de los valores utilitarios de la actividad humana y de la actitud más apta para adueñarse de ellos. De un modo paralelo el hombre de ciudad siente el gusto por la acción, por la empresa, por el proyecto, y traslada a todos los dominios de su vida (política, cultural, religiosa también) ese mismo gusto y esa misma preferencia. Por otra parte esa misma iniciativa

puede hacer nacer dentro de la Iglesia nuevos grupos (no sólo "de arriba a abajo", sino también creados por seculares). Estos grupos deben ser reconocidos por la Iglesia, pues también en ella vale el principio de subsidiaridad, como observó Pío XII.

4ª Tal vez como reacción a la masificación que trae consigo la vida en la ciudad se agudiza en el hombre de ciudad el deseo de preservar la propia independencia, también en el campo religioso. Con esto se hace mucho más inabordable desde el punto de vista territorial. Aun de los católicos practicantes es un hecho que muchos cumplen sus deberes religiosos en lugar diferente de la propia parroquia. Se calcula que un 20 o un 30% de los practicantes se encuentran en este caso.

5ª Como consecuencia de esa misma especialización de las funciones y de las demás características de la vida urbana, en la moderna sociedad industrial se han diferenciado enormemente los grupos humanos con características comunes y deseos semejantes dentro del grupo, pero con acusadas diferencias cuando los comparamos con los otros grupos con los que coexisten (p. ej.: burguesías, comercio, proletariado, no-activos, profesores, etc., estas diferencias se dan ya en el plano juvenil). Estos grupos necesitan sacerdotes especializados que les conozcan y entiendan.

6ª Finalmente, en la ciudad moderna se concentra y agudiza el caso de los que son religiosamente marginales, alejados, no practicantes, etcétera. Hay quienes opinan que es necesario resucitar nuevas formas de misión, de catecumenado, de acogida, etc.

Frente a esta nueva realidad social no parece exagerado afirmar que la parroquia "territorial", por estar demasiado ligada al dato geográfico, que ha perdido ya mucho de su importancia, no se adapta, como fuera de desear, al tipo de comunidad humana (diversificada, migratoria, atomizada, anónima), de la gran ciudad moderna.

El principio de territorialidad ha entrado en crisis al chocar con las nuevas realidades sociales provocadas por el desarrollo industrial, y la parroquia que se estructuró sobre ese principio es, no sólo una institución históricamente tardía en la vida de la Iglesia (siglos VII-VIII), sino además —morfológicamente hablando— feudal, y que hoy nos resulta inadaptada para el nuevo tipo de sociedad industrial y urbana.

En busca de una solución.

La solución ha de buscarse primeramente y ante todo haciendo valer otros principios paralelos con el de la territorialidad y encuadrando a la parroquia en la diócesis y, por medio de ésta, en la Iglesia universal. Prácticamente esto supone admitir:

1º El principio de la existencia de una pastoral en el conjunto o de una "Pastoral de conjunto" (Iglesia-Diócesis-Ciudad). Esto significa construir la pastoral, en torno del único y verdadero jefe de la diócesis. Por medio de la antigua pastoral de los "títulos presbiteriales", el presbítero religaba la asamblea eucarística a la iglesia local, pero es precisamente el obispo, quien (con su predicación o sus cartas, con sus viajes o sus itinerarios estacionales) religa su Iglesia particular a la Iglesia universal. En torno del obispo, como un senado, está el presbiterio que colegialmente le ayuda en el gobierno de la Iglesia local. En ella co-existen diferentes grupos: la periferia de misión, el catecumenado, las comunidades, etc. Los jefes de esos grupos diversos son los que ejecutan colegialmente la "política religiosa", que el obispo (después de oír su consejo) establece. Dentro del conjunto de esa pastoral de la diócesis, que atiende como tal a tareas misionales, catequéticas, homiléticas y sacramentales, la parroquia puede redescubrir su especial vocación eucarística, pero no por ello debe cerrarse a sus responsabilidades en las obligaciones misioneras de la iglesia local. La parroquia renuncia a absorber una tarea misionera para la que no está equipada, pero no renuncia a emprender una acción de profundidad, que haga de los suyos cristianos adultos con una fe personal. Ni renuncia a un trabajo de profunda auto-reforma, que aleje constantemente de ella todo lo que pueda constituirle en rémora del Evangelio por su distanciamiento de los problemas del mundo, por su pompa barroca, por su solidaridad incondicionada con las formas de vida de la civilización burguesa.

2º La unidad de base no debe ser un sector territorial de la ciudad, sino la ciudad misma. Sólo en ella puede integrarse adecuadamente el hombre de ciudad. Dentro de ella deben ser atendidos con una eficaz presencia ca'ólica todos los medios socio-culturales (intelectuales y profesores, burguesía, industria, proletariado, comercio, marginales) y todas las funciones básicas de la vida social (familias, educación, descanso-deporte-diversión, trabajo, salud, sindicalismo y profesión, política). Para ello será necesario multiplicar entre los diversos sectores geográficos, contactos, coordinación, servicios comunes, equipos de expertos, secretariados administrativos generales, etc. Será necesario también una adecuada racionalización de las funciones y tareas de los seglares y del clero. Es principalmente a los seglares a quienes corresponde la mutua integración de los valores religiosos y los valores profanos. Pero es al clero a quien corresponde asegurar la eficacia de los diferentes servicios diocesanos, de lo cual dependerá la presencia eficaz de la Iglesia. La parroquia ha de coexistir dentro de la ciudad con

los movimientos misioneros de la acción católica general o especializada, y de los diferentes movimientos del apostolado seglar a quienes el obispo confió determinada misión y tarea, con todas las formas que el catecumenado puede y debe adoptar en nuestro tiempo, con los secretariados diocesanos de información y difusión social, pastoral, catequética, litúrgica, con los diferentes servicios de consejo y ayuda. Por ejemplo: un centro donde un equipo de médicos, psicólogos, pedagogos, juristas, asesores, etc. y también un sacerdote, aconseja en los numerosos casos complejos, difíciles, a veces desesperados, que se presentan en la vida de una ciudad moderna. Un modelo en este sentido es la institución Katholische Volksarbeit de Frankfurt, cuyo sacerdote presidente tiene categoría de párroco, aun sin tener territorio alguno asignado.

3º La revalorización frente a la parroquia territorial, de la parroquia personal. Algunos tipos de parroquia personal jugaron un papel de primer orden en la expansión del catolicismo moderno; piénsese, por ejemplo, en las parroquias por grupos lingüísticos creadas en los Estados Unidos durante el siglo pasado para los grupos nacionales de emigrantes. La parroquia personal no es una innovación tan grande como podría parecer. Tipos de parroquia personal existen aún hoy en algunas naciones, como son las capellanías militares o las parroquias universitarias. Lo que sería una innovación sería su generalización y extensión a otros muchos grupos humanos semejantes (grandes industrias, núcleos de educación, asociaciones profesionales determinadas...). Allí donde exista una comunidad humana importante no se ve cómo pueda excluirse a priori la posibilidad, la oportunidad, la conveniencia de tomarla como base para la constitución de una parroquia, que en definitiva no es otra cosa que una "comunidad eucarística".

Conclusión.

Es precipitado adelantar un pronóstico sobre cómo será la parroquia del futuro. Y esto por tres motivos: 1º Porque todavía no se ha logrado una síntesis armónica y completa de todos los principios que deben ser tenidos en cuenta al estructurar la parroquia ideal o la pastoral ideal. Es necesario un esfuerzo conjugado de teólogos, pastoralistas, sociólogos, etc., para levantar y sistematizar toda la problemática de la pastoral moderna. Hoy por hoy no tenemos aún obras básicas en este campo. Es necesario tener en cuenta que las semanas y congresos de pastoral científica son realidad de es'os últimos años. (La primera obra científica de conjunto sobre la Pastoral actual aparece este año en Alemania, editada por F. X. Arnold, B. Haring y K. Rahner, con la colaboración de nu-